



Olga de León / Carlos Alejandro

De cuentos y ...

“El ocaso de un jardín”
(In Memoriam).

Benjamín llegó de Zacatecas, vino a estudiar Filosofía cuando él ya era filósofo. A algunos nos gustaba imaginar que era un Sócrates moderno, pero responsable esposo a diferencia del griego; y como el helénico también Morquecho era amigo de los jóvenes, fino compañero y excelso estudiante.

- “Me gusta ese gorrito”, -solía decirme viéndome llegar al jardín de la facultad en Ciudad Universitaria, en invierno, con mi bonete tipo ruso, alguno de los tres que mi madre me había comprado en McAllen, de peluche fino y suave (¡excelentes imitaciones!) en negro, beige o blanco; también cuando llevaba alguna de mis hermosas boinas de lana, regalos de un enamorado que tuve entre a los diecisiete.

- En aquellos años de la segunda mitad de la década de los sesenta del siglo veinte, pensaba: -con la ingenuidad de mi mocedad y el absoluto desconocimiento sobre la vida del compañero- ¿qué le pasa a este señor?, ¿está bromeando? Habrían de pasar varios años, para que me enterara de que la esposa de Benjamín sufría de cáncer, y a él le gustaban aquellos sombreros para que ella no sintiese frío en su cabeza. Pero nunca se atrevió decírmelo, a pesar de la excelente relación y cercanía que manteníamos junto con cuatro o cinco de los veinte alumnos que egresarían de esa generación.

Otras tardes solíamos sentarnos en círculo sobre el pasto del jardín frontal de la facultad, y de esos intercambios salían ideas más y menos trascendentales: todas impregnadas de algo parecido a la filosofía.

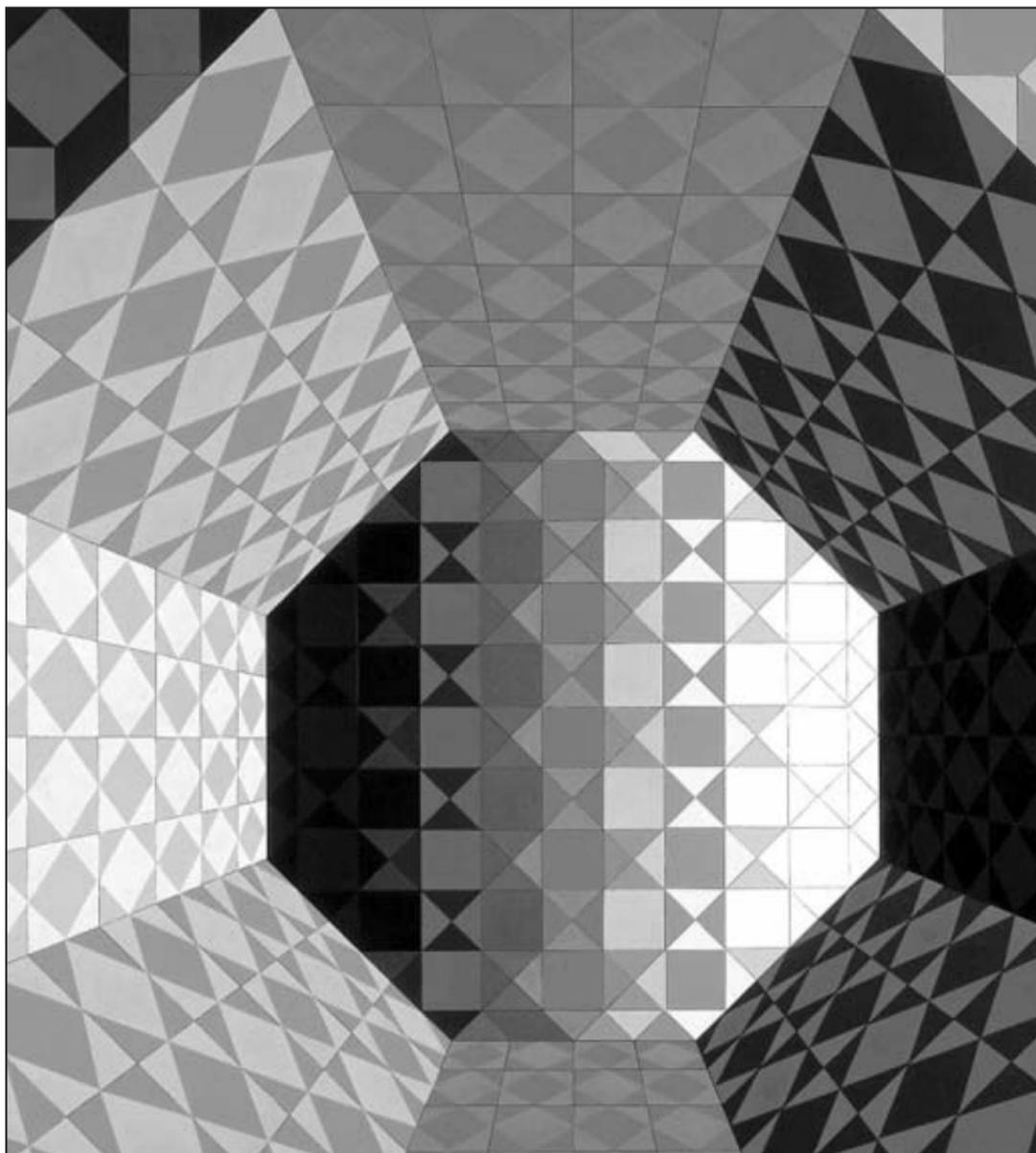
A ratos, la vida suele llevarnos por caminos duros y difíciles. Nadie escapamos de los tiempos de jardín seco, de esos cuando ni las lágrimas redimen el alma ni la lluvia del cielo moja la tierra por donde posamos nuestros pasos; pero siempre, allende el horizonte, se vislumbra el arcoíris: sale el sol y sus rayos iluminan el sendero que habremos de recorrer: más solos y menos acompañados, quizás.

Sería estupendo saber, ¿de qué color es la fe, de qué humor amanece la felicidad, cuál es el sonido de la alegría?; las diversas culturas ofrecen una paleta de colores, olores y sonidos distintos. En las artes quizás se encuentra mucha más esperanza de la que los mismos avances de la ciencia y la tecnología ofrecen: todos deberíamos educarnos en artes y aprender a disfrutarlas, seríamos más humanos; ellas son la savia del espíritu.

Empiezo a dudar que la educación -según Rousseau en su Emilio-transforme a los hombres y los vuelva ni peores ni mejores, por eso sé que me voy haciendo vieja o al menos perdiendo la ilusión del advenimiento de tiempos mejores. Por doquier pululan la ambición, el dolo, la mentira que asesina de hecho o moralmente al hermano, a la pareja o a padres e hijos, y esos males provienen tanto de hombres sin estudios como con ellos.

¡Por qué vivimos en guerra! El hombre pelea por fluidos preciosos, energía, metales valiosos, la tierra, las aguas y sus frutos nutritivos. Es capaz de las peores canalladas y miserias del espíritu. Y los hay que comercian con congéneres, incluso: ¡niños! Desde siglos atrás, se reflexiona sobre estos y otros problemas, aunque parece que en las últimas décadas confluyen factores que conducen a creer que estamos en el peor de los tiempos vividos.

- Seguramente poco saben de artes,



como pintura, danza y música, quienes viven en guerra. ¿Quién meció su cuna?, que resultaron seres insensibles y funestos. Habrán escuchado solo ruidos estridentes, pleitos, monedas y metales que chocan en el viento o la alharaca del papel que se gasta sin sentido para matar el tiempo (añade alguien externo que compartía las charlas en aquellos jardines de Filosofía).

Otro comenta, ahora: “-La Unión Europea no convence ni a sus vecinos de que no peleen”, su hermana: “-América ya no puede ser (¡no lo es!) solo para los “americanos”, por más que sigan penetrando con su catequización “humanitaria” o comercial, nadie cree en su desinteresada ayuda ni poder hegemónico. Los asiáticos -caricaturiza Charlie- enseñan los dientes; mientras, preparan misiles y cohetes. Rusia recurre a Maquiavelo e Israel insiste vengarse y esperar al Mesías

- ¿Y, México?, México sigue de pie porque aquí hasta los muertos andan, aunque se quiebran de chuecos o de hambre.

Morquecho escuchaba y callaba: vivía sus horas más aciagas. Ahora sonríe, desde un jardín que no fenece.

“EL PACTO”

Esas papitas las acabo de comprar, no tienen más de dos días abiertas -dijo Paquito, recostándose sobre el colchón individual y con la espalda recargada en la pared del cuarto, que aunque casi totalmente descarapelada, aún lucía de color celeste.

Durante el verano, el aire acondicionado mantenía la temperatura de la recámara a diecisiete grados centígrados. El televisor, de treinta pulgadas, era el mayor lujo de esparcimiento que Paquito

se había podido permitir en los últimos veinte años. La computadora también era muy moderna, tenía dos monitores. Las manchas de grasa en la pared saltaban a la vista, sobresalía el tizne en ellas, como si hubiese una estufa que diariamente mantenía ardiendo sartenes bañados con aceite y morcilla, así, durante veinte años: grasa y sangre escurriendo cual lluvia, a borbotones, desde y sobre la pared azul claro.

Paquito se hincó y de debajo de la cama extrajo un sable, lo desenfundó...

¿Es de verdad? -preguntó uno de los fulanos, el que se encontraba sentado en la orilla más a la izquierda de la cama.

Lo compré aquí, en Caracas, y no pesa, pero tiene mucho filo, puede rebanar un cuerpo fácilmente.

Entonces, Paquito volvió a quejarse de su última reunión de trabajo. Había invitado a las negociaciones a un tipo que nunca guardó el respeto necesario, dada la solemnidad de sus juntas: más formales que las de una Logia o cualquier Misa. “Fue como soltar a un chango adentro de un banquete: el mono se sube a las mesas y disfruta de arrojar comida para todos lados”, comentó Paquito, riendo a carcajadas.

A dos de los fulanos se les notaba la expresión de alegría por haber asistido a esa asamblea con el chango suelto, como si esa noche hubieran visto, por primera vez, sangre sobre el elegante piso de mármol del salón de eventos, disfrutando elocuentemente del suceso. Fue tanto el regocijo de los fulanos, que decidieron agasajar a Paquito. Pensaron durante media hora cómo halagarlo, hasta que hallaron la solución: buscarían por internet alguna guapura de metro y medio, encontraron varias opciones. Para la más cara, cada uno puso un millón de pesos

colombianos. Pero tuvieron que acompañarlo: a Paquito le causaba un poco de miedo acudir a la cita solo.

Esperaron una hora en el auto. Así fue que conocieron la casa y supieron exactamente a dónde conducían las escaleras laterales del lugar, allí en donde habrían de tirar el cuerpo ese mismo día, junto a la filosa puerta donde podía leerse: “lunes a viernes, 12 a 7 de la tarde”.

Esta es mi mano a los treinta años -dijo Paquito señalándola con su mirada- y no la reconozco. Una mano que mi abuela no querría ver, por temor a que volviera a asesinarla, una mano que ha tocado más dólares que los que caben en una nube cargada de lluvia. -Y Paquito prolongó el silencio con una pausa verdaderamente larga, para continuar: - Pero mi alma es distinta, no es una asesina, sino una rebelde que ama; las mujeres no la han conocido, pero ella, etérea siempre, ha estado atenta a lo que sucede en mi vida. Aunque creo que mi abuela también se avergonzaría de mi alma, quizás porque tampoco siente arrepentimiento de lo que la mano y yo hemos hecho en la vida.

Paquito sentía que en su vida no había malicia. La guerra era su constante, la paz como anhelo eterno requería de ella, y él de que su sable siguiera siendo útil a la causa: el caos en el universo. Pensaba que así: con ese sentimiento de superioridad respecto de los demás, había sido hecho por Dios, con quien presumía haber firmado un pacto. Un acuerdo por el cual, diariamente, se cortaba un pedazo de piel junto a su ombligo, y cuando la cicatriz se oscurecía y secaba, volvía a herirse con ese, su cuchillo de plata. No había malicia, solo un pacto del pasado del que ya no podía sustraerse, ni del que nadie a su alrededor podría sobrevivir.



Beryl Markham

Pionera de la aviación en África, la británica Beryl Markham es considerada por muchos como una de las mujeres más extraordinarias del siglo pasado, no sólo por su intrépida existencia, sino por su testimonio de vida plasmado en “Al oeste con la noche”, que recoge sus vivencias en el continente africano.

Al mismísimo Ernest Hemingway le pareció un “libro buenísimo”, que dicen, lo hizo sentir “un simple carpintero de las palabras”.

Actualmente se reconoce que dejó una importante huella en la literatura sobre el África colonial, sólo comparable con la de Karen Blixen y sus “Memorias de África”, sobre todo tras la versión cinematográfica con Robert Redford y Merryll Streep.

De ello da cuenta un artículo de Anna Abella, publicado por Libros del Asteriode, que editó el material con prólogo de Martha Gellhorn, reportera de guerra y una de las mujeres de Hemingway.

“Al oeste con la noche” es, de hecho, su único legado literario; en él relata 30 años de su vida: desde su infancia en Kenia, a la que llegó a los cuatro años, cómo creció jugando con los niños nativos en la granja familiar y aprendió de su padre a criar y entrenar caballos de carreras.

Sus aventuras como piloto trabajando para el servicio de correos, en rescates de mineros y cazadores heridos en zonas inaccesibles, o en el rastreo de piezas para grandes safaris, hasta convertirse en el primer piloto en cruzar, en 1936, el Océano Atlántico en solitario, desde Inglaterra a Canadá.

“Al oeste con la noche”, que había sido publicado por primera vez en 1942, es considerado por algunos más que el relato de una vida apasionante, un libro bellísimo del que destaca su capacidad de evocación y observación y que se ha convertido en un libro clásico sobre el África.

ad pēdem
literae

“No vivas para que tu presencia se note, sino para que tu ausencia se sienta. Ausencia”

Bob Marley

letras de
buen humor

“La vida es aquello que va sucediendo mientras te empeñas en hacer otros planes”.

John Lennon

En interiores...

Riqueza

Guillermo Fadanelli

Página 2

Relatos y aparatos

Vicente Molina

Página 3

La Voz del Papa

P. José H. Gómez

Página 4